

LA MEDICINA EN ENTREDICHO

CON el aire ascético de un profeta, Iván Illich, antiguo sacerdote y actual director del Centro Intercultural de Documentación, de Cuernavaca (México), se pasea desde hace años por los centros del saber de nuestro mundo occidental para destrozarlo, con el entusiasmo de un iconoclasta convencido, la mayoría de los mitos en que se basan dos de los pilares de nuestra estructura social: la enseñanza y la Medicina.

Cierto es que el público que le escucha, y en Ginebra hemos tenido ocasión de comprobarlo recientemente, pertenece en gran parte a los sistemas tan duramente atacados por Iván Illich. Quizá les da buena conciencia asistir a esas sesiones de iconoclastia para después seguir haciendo, con la dudosa tranquilidad del que conoce las críticas que se le dirigen, exactamente lo contrario de lo que Iván Illich preconiza. Ensalzado por unos como el profeta de la enseñanza y la Medicina del año 2000, y despreciado por otros como un peligroso visionario, Illich ataca con frases afiladas como puñales, mezcladas a veces a conceptos no exentos de cierta oscuridad, a los profesionales de esos dos sectores.

Enfermedades yatrogénicas son aquellas producidas por el médico o los agentes terapéuticos que utiliza. Según Illich, la acción en el último decenio del sistema médico representa una enorme amenaza para la salud, porque el individuo es cada vez más dependiente de la Medicina. La sociedad industrializada fuerza al individuo a vivir angustiado, de prisa y rodeado de ruido, pero, al propio tiempo, obliga al médico a que le proporcione un instrumento laboral eficaz, capaz de rendir al máximo en el proceso de la producción industrial. Así, el médico tiene que prescribir sedantes para calmar la angustia, hipnóticos para dormir sin percibir las molestias del medio y estimulantes para eliminar durante la jornada laboral los efectos de los otros medicamentos.

A cambio de un bienestar temporal, el individuo normal pasa a ser un paciente plenamente dependiente de su médico y de sus comprimidos. En todo el mundo occidental aumenta en enormes proporciones la venta de medicamentos psicotrópicos (la de sedantes, en un 290 por ciento en los últimos doce años), y en las ciudades como Madrid, que han pasado en pocos años de

ser relativamente tranquilas a sufrir paliativo alguno todos los rigores de la sociedad industrial, el insomnio es un problema general. Claro es que la Medicina no tiene la culpa de esa evolución de la sociedad, pero sí es en parte responsable de los acontecimientos en el sentido de que no ataca a la raíz del mal, sino a sus síntomas. En lugar de enseñar a las gentes a vivir, la Medicina perfecciona continuamente los medicamentos que actúan sobre el sistema nervioso central a fin de que el individuo dependa cada vez más de los mismos.

El efecto estructuralmente malsano de la acción médica se ejerce sobre todo, según Iván Illich, en la génesis de un mito absurdo, según el cual, la misión de las diversas profesiones terapéuticas consiste en suprimir el dolor, eliminar las enfermedades y luchar contra la muerte, pero cuando el dolor, la enfermedad y la muerte pasan a ser problemas técnicos a cargo de una institución profesional, las personas se encuentran desprovistas de recursos propios para afrontar en forma autónoma esas experiencias clave de la condición humana.

En lugar de enseñar al individuo a vivir sanamente, la Medicina institucionaliza la prevención, sin que esté demostrado en absoluto que los reconocimientos de personas aparentemente sanas tengan eficacia real. Según Paul Clote, que ha analizado los resultados obtenidos en más de treinta programas de prevención lanzados en los Estados Unidos desde los últimos años cincuenta, esos diagnósticos impuestos incrementan el número de días de enfermedad sin variar la espe-

ranza de vida de los pacientes y aumentando los riesgos yatrogénicos, pues a medida que la Medicina se hace más compleja, son mayores los peligros de las exploraciones instrumentales. Es más: las enfermedades asintomáticas, que sólo pueden descubrirse mediante exámenes meticulosos, son en muchos casos incurables, y su diagnóstico y su tratamiento no hacen más que provocar dolor y angustia.

Némesis es para los griegos la diosa de la venganza, y designa la fuerza divina que castiga al que no observa las prohibiciones o traspasa los límites. En su deseo de dominar el medio, el hombre ha rebasado los límites; no quiere sufrir, ni casi morir, y sobre él se abate la Némesis médica, la acción de contragolpe del progreso. Gran parte de las miserias que hoy sufre el hombre son subproductos de acciones destinadas en principio a protegerle en su lucha contra las inclemencias del tiempo.

Pensemos en el automóvil y en su trágica cohorte de muertes, sufrimiento, ansiedad y ruido. Némesis ha intervenido castigando al hombre por su excesiva arrogancia. Y la venganza no ha terminado, pues es muy posible que el petróleo, consumido, sobre todo, por el automóvil, hunda a los países industrializados en la crisis más grave que han sufrido desde los años treinta.

Las gentes piden a la Medicina que mejore y prolongue la vida y que la haga compatible con todo tipo de máquinas y capaz de soportar cualquier clase de aceleraciones, deformaciones y tensiones. Como resultado, la verdadera salud

es tan escasa, que su búsqueda es una especie de lucha por la ambrosía, el manejar que en la mitología griega hace inmortales a los dioses, y que sólo éstos podían otorgar.

Tántalo fue un famoso rey al que los dioses invitaron al Olimpo para compartir una de sus comidas; robó la ambrosía, y como castigo fue condenado a sufrir sed y hambre inagotables. Cuando Tántalo se inclinaba hacia el río para beber, el agua se aleja, y cuando trata de alcanzar la fruta de los árboles, las ramas se retraen. Ese parece ser el destino del hombre de hoy: ir en busca de un bienestar mítico que nunca puede alcanzar.

Puede acusarse a Iván Illich de reaccionario, afirmando que sus tesis van en contra del progreso, y que, sostenidas por alguien en la Edad de Piedra, habrían hecho que el hombre permaneciera todavía en esa época. Sin embargo, la sociedad industrializada nos muestra cada día que el progreso no es un bien en sí mismo, y que sus subproductos (todos los tipos de contaminación del medio) pueden ser enormemente perjudiciales.

El progreso, en particular en la Medicina, no beneficia por igual a todas las clases sociales. Igual que el sistema escolar, la organización de la asistencia médica divide a los consumidores en clases; lo mismo que el individuo se encuentra socialmente disminuido a causa de la educación de la que no se ha podido beneficiar, también puede disminuirle el tipo de cuidados que recibe o el que no puede alcanzar. No hay que jugar con las palabras. La Medicina liberal, tal como la entienden muchos profesionales, es una Medicina esencialmente clasista, en la que el rico puede acudir sin ningún problema a los mejores médicos e instituciones y el pobre tiene que jugar en una especie de lotería, en la que sólo si la suerte le es propicia recibirá una asistencia de calidad.

Podemos decir, en resumen, que las opiniones de Iván Illich son en cierto punto discutibles, pero que tienen una gran virtud: provocar en los profesionales de la Medicina beneficiosas dudas respecto a los pretendidos beneficios del progreso. El reconocimiento de la Némesis médica puede provocar la catarsis que prepare una revolución no violenta de la actitud del hombre hacia el mal y el sufrimiento. ■ Dr. J. A. VALTUENA.

La Medicina es cada vez más cara y compleja, pero el hombre de la calle (angustiado e insomne) se siente cada vez menos sano. (Fotografía OMS/ J. MOHR.)

